

"El Buenos Aires de don Niceto" 

BLAS MATAMORO



José Manuel Cuenca Toribio, José María Ortiz Juárez y Blas Matamoro. (23-03-95).

Franco, entonces Caudillo de España, que por el general Perón, entonces Presidente de Argentina, seguía denominando a don Niceto, Presidente de la República Española. La primera imagen que tengo de España es, pues, un tanto bizarra: España era un país cuyo Presidente vivía en Buenos Aires pero que tenía una especie de gobernador sustituto, que estaba en Madrid, llamado Francisco Franco.

El mundo de un niño es muy reducido y se forma con imágenes combinadas por las explicaciones de los mayores. Según mi abuela, España era un lugar legendario llamado Oviedo, la capital de su provincia (mi familia paterna es de la Pola de Siero), cuya catedral tiene una campana tan sonora que no la doblan nunca para evitar que se astillen todos los cristales de la ciudad. A esta imagen digna de Rabelais o García Márquez, se unió, por aquellos días, la visita a Buenos Aires del Ministro de Exteriores español, que luego supe era Martín Artajo, para firmar el protocolo Franco-Perón que permitió respirar al régimen, aquejado por bloqueos diplomáticos, sequías y

destrozos de guerra. Martín Artajo usaba el uniforme diplomático que no llevaban sus colegas argentinos. Estaba enfundado en un frac con rameados de oro y se tocaba con tricornio con plumitas blancas. Yo terminé de creer en la rareza de aquel lejano país llamado España, donde había campanas gigantescas, todas las mujeres llevaban faldas largas y negras como las de mi abuela y los hombres, tricornios con plumitas blancas. A lo que se sumaban las oraciones en verso de mi abuela antes de acostarse. ¿Hablarían los españoles en romance, con versos octosílabos y rimas alternadas?

Esta leyenda del país lejano que era, al mismo tiempo, el país cercano de mis abuelos, con su intacto acento castellano, se parece mucho a la imagen que un exiliado guarda de su lugar originario. Para el exiliado, el mundo se divide en dos partes: una está conformada por todos los lugares que puede recorrer y que no son el suyo; la otra, es su lugar, rodeado por cautelas y prohibiciones que lo tornan inaccesible. De ahí que se parezca a un mundo de leyenda o a un recinto sagrado, lleno de objetos venerables pero que no se pueden tocar. Cerrado y santo, el lugar de origen se conserva invulnerable al paso del tiempo y los desmanes de la historia. En algún momento, con la Lozanía de los años perdidos, podremos volver a él y hallar las cosas bellas que dejamos, encantadas dentro de sus estuches prodigiosos.

Imagino que esta era la España de los exiliados republicanos y, en especial, la de don Niceto. La enfermedad lo fue dejando sin vista y, en la blancura lechosa o la penumbra de su semiceguera, es posible que su memoria implacable reconstruyese el hechizo de los paisajes queridos. Había que conservarlos en aquel coágulo o burbuja del tiempo, para que España no desapareciera y, con ella, los españoles de la emigración.

La cantidad y calidad de tales exiliados habían creado en la Buenos Aires de los años cuarenta y cincuenta, la de mi niñez y adolescencia, una suerte de escogida provincia española dentro de la cual era posible, al tiempo, conservar la herencia de un país semidestruido por la guerra civil, e intentar una integración en el país de acogida.

Insensiblemente, desde los días en que don Niceto llegó a Buenos Aires, la presencia del exilio español se fue tornando cotidiana para nosotros. Nuestros libros de infancia eran las biografías del Cid, Cervantes o Bécquer que escribía María Teresa León. Las viñetas de

Blas Matamoro.
(23-03-95).



aquellos libros de divulgación que redactaban Arturo Serrano Plaja, Angustias Garcés o José Otero Espasandín para la Biblioteca Billiken, podían ser obra de Castelao, como antes, los cuentos de Calleja traían sus ilustraciones modernistas de Rafael Penagos.

Yendo al teatro o al cine nos encontrábamos con actores españoles y comedias o guiones debidos a escritores españoles, Alejandro Casona en primer lugar. Cierta vez, conversando en Madrid con Cándida Losada, ella me evocó aquel Buenos Aires de 1940 en el que estaban funcionando nada menos que once compañías de teatro españolas, alguna de ellas especializada, como las que hacían sólo obras musicales o repertorio andaluz. La radio y el disco nos traían a diario las voces de cantantes españoles como Miguel de Molina, Angelillo, Concha Piquer o nuestra paisana Imperio Argentina, que reunían tanto al público emigrante como al aborigen, ya que la tonadilla española, lo mismo que el sainete y la zarzuela, disponían de una tradición que se remontaba a los dos siglos anteriores. Hubo hasta un cine español hecho en la Argentina, del cual rescato un par

de guiones debidos a Rafael Alberti y la mencionada Maria Teresa León: *La dama duende*, adaptación calderoniana llevada al siglo XVIII entre Perú y Extremadura, y *El gran amor de Bécquer*, evocación del Madrid romántico protagonizada por Esteban Serrador en el papel del poeta de las *Rimas*.

La primera vez que fui al teatro, justamente, me tocó ver a la compañía de Lola Membrives representando *La ventolera* de los Alvarez Quintero. Creo no haber entendido bien la historia de aquella viuda inconsolable que descubre, en plan póstumo, la infidelidad de su difunto y decide divertirse ella también, pero siempre guardaré la imagen de desconcierto y terror que me produjo ver correrse el telón del teatro Cómico y advertir que allí había una casa como cualquiera, con gente como cualquiera, y cuya vida podíamos mirar como si hubiésemos derrumbado la pared medianera. Aún alcancé a ver a Margarita Xirgu en sus últimas temporadas del teatro Cervantes (1956 y 1958), encarnando a la Celestina y a Bernarda Alba, con aquella voz quejumbrosa, aquel acento ilocalizable y su forma tan peculiar de respirar y frasear a la manera lírica de las antiguas actrices decimonónicas.

El movimiento editorial argentino pasó de la pequeña empresa del librero-editor y la cooperativa de escritores, al gran negocio industrial, por obra de los empresarios españoles. El primero en hacerlo fue un señor Torrendell, catalán 61, como cuadra, en los años treinta, con los sellos Cóndor y Tor, de ediciones baratas y masivas. Luego, en razón de la guerra, se instalaron Sopena y Espasa Calpe, que abrió en Buenos Aires la memorable Colección Austral, a la que debemos buena parte de nuestra cultura tantos lectores en lengua española. Las empresas con que suele identificarse la edad de oro de la edición argentina fueron fundadas por españoles: Sudamericanas por López Llausás, Losada por el editor homónimo, Emecé por Seoane, Medina y Cuadrado, Rueda por Santiago Rueda, Bajel por Naval, etc. Directores de colección eran españoles como Guillermo de Torre, Arturo Cuadrado o Ricardo Baeza, sin olvidar a especialistas como Lorenzo Luzuriaga, introductor de la pedagogía moderna, o Ángel Garma, uno de los fundadores del hoy célebre movimiento psicoanalítico argentino.

La lista de escritores españoles editados por estos sellos sería abrumadora y sólo, al pasar, menciono a los que vivieron en Buenos Aires o pasaron por ella: Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Marañón,

Francisco Ayala, Rosa Chacel, Juan Gil-Albert, Clara Campoamor, Rafael Dieste, Enrique Díez Canedo, Ángel Ossorio (estos dos fueron los últimos embajadores de la República Española en la Argentina), Alicia Garcitoral, Alberto Insúa y Eduardo Zamacois.

En casi todas las especialidades, los españoles emigrados eran protagonistas: Claudio Sánchez Albornoz y Pedro Barcia Trelles en la historia; Juan Corominas, Clemente Hernando Balmori y Amado Alonso en la filología; Luis Jiménez de Asúa y nuestro don Niceto, en el derecho público, sea penal o administrativo; Francisco Vera, Juan Santaló y Julio Rey Pastor, en las matemáticas; Manuel de Falla, Jaime Pahissa y Julián Bautista en la composición musical; Manuel Villegas López en la crítica de cine; Pío del Río y Felipe Jiménez de Asúa en la medicina; por fin, los que nos entraban por los ojos con sus cuadros y esculturas, a veces hallados en el vestíbulo de un cine o las bóvedas de una galena comercial: Maruja Mallo, Manuel Colmeiro, Luis Seoane, Manuel Ángeles Ortiz, Pablo Serrano, Jorge de Oteiza.

En el mundo editorial, la dirección de las publicaciones se veía prolongada por la labor de los españoles que trabajaban como redactores o correctores de pruebas en los periódicos y revistas, donde hallábamos las firmas de Mariano Perla, Enrique Azcoaga, Raimundo Díaz Alejo, Pedro Massa, Braulio Solsona y, de nuevo, último pero no menos, don Niceto en las publicaciones del grupo Sopena. Velaban estos emigrados por la normalización del castellano escrito, sin abusar de casticismos que podrían parecer chocantes o risibles en América, aunque sus excesos hubo. Nada menos que *La Nación* contaba con un secretario catalán de apellido Bohigas que, según recordaba regocijado Manuel Mújica Láinez, les prohibía usar palabras como «ramera» o «prostituta» a los cronistas de noticias policiales, obligándolos a poner «vulpeja» y «perendeca».

En cuanto al encuadre político de los emigrados, cabe hacer alguna matización de interés. La recepción de la sociedad civil fue bastante más importante que la proporcionada por los poderes públicos y las instituciones. La Argentina, cuando acabó la guerra civil española, empezaba a salir de la Gran Depresión, que la había golpeado desde 1929, aunque en medida relativamente más suave que a las grandes economías industriales del mundo. No obstante, hubo nuevos pobres, arrabales de desocupados y lo que el lenguaje popular designó como *mishadura*, que podríamos denominar esca-

sez o cutrez, por emplear el equivalente de posguerra español. La guerra mundial aceleró las exportaciones y las industrias de sustitución, abriendo una larga década de prosperidad, no obstante las restricciones de ciertas materias impuestas por las industrias de guerra en los países comprometidos.

La actitud internacional de los sucesivos gobiernos argentinos no fue favorable al exilio español. Cuando empezó la guerra civil, había en Buenos Aires un gobierno de derechas, enfeudado a la política exterior británica, que tuvo una actitud francamente simpática hacia el bando sublevado. El embajador argentino en Madrid, Daniel García Mansilla, no volvió a la capital española desde el lugar de veraneo donde lo sorprendió, como a tantos colegas suyos, el 18 de julio de 1936. Formó parte de la camarilla capitaneada por el embajador italiano, que esperaba un rápido desenlace de la guerra en algún balneario francés próximo al País Vasco.

La Argentina, no obstante ello, mantuvo sus relaciones con la República Española hasta el final del conflicto. Recuerdo la tensa escena, conmovida y desanimada, que presencié en la embajada española de Buenos Aires el escritor José Bianco, de quien escuché el relato, secretario de la revista *Sur*, partidaria de los republicanos y muy acogedora de firmas españolas del exilio. Un par de empleados, entre ellos la señora de Jiménez de Asúa, esperaban la llegada de los diplomáticos del nuevo régimen, como si estuvieran a punto de evacuar la última trinchera.

La sociedad argentina fue muy tocada por el conflicto y asociaciones y personalidades de distintos sectores se manifestaron a favor de alguno de los bandos en pugna, anotándose una mayoría de simpatía en favor de la República, que se mantuvieron unidas, por paradoja, hasta el exilio, donde empezaron a darse las fisuras de los distintos partidos republicanos, que se enrostraban mutuamente la responsabilidad de la derrota. Es curioso, sobre todo, advertir la repercusión que la guerra civil tuvo en el mundo del espectáculo, normalmente ajeno a los avatares políticos. Tal vez influyó en el hecho el asesinato de Federico García Lorca, que había pasado triunfalmente por la Argentina y Uruguay en 1933/4 y se había convertido en uno de los dramaturgos más populares del momento. Quien quiera profundizar en el tema dispone de un documentado libro de Ernesto Goldar, *Los argentinos y la guerra civil española*.

Esta reticencia oficial se proyectó sobre la universidad, que brindó

irregular acogida a los profesores españoles. Ya había ocurrido algo similar a finales de los años veinte, cuando Ricardo Rojas, rector de la Universidad de Buenos Aires, propuso al claustro profesoral la designación de Unamuno, entonces exiliado en Francia por la dictadura de Primo de Rivera. El claustro se opuso.

Tampoco Ortega y Gasset ni Alcalá-Zamora hallaron un puesto que se les podía haber brindado y del que habría aprovechado la universidad argentina. El corporativismo de los cátedros pudo más, y en los casos de Unamuno y Ortega resulta más sangrante porque eran escritores con un ancho público en la Argentina.

La situación política empeoró en 1943, con un golpe de Estado militar que llevó al gobierno a un núcleo de oficiales profascistas. En 1946, a través de elecciones, llegó al poder Juan Domingo Perón, que intentó una política exterior distante de los dos bloques entonces en formación. Para ello se acercó a Franco y le salvó los papeles en momentos difíciles. No obstante, por uno de esos hechos curiosos del eclecticismo político argentino, el ministro de Relaciones Exteriores de Perón que dirigió las negociaciones conducentes al protocolo pertinente, era Juan Atilio Bramuglia, un antiguo dirigente socialista partidario de la República.

¿Cómo percibía don Niceto aquella insula ilustrada y brillante de la España peregrina en Buenos Aires? Por un lado, imagino que le servía para mitigar la gran sensación de despojo y desarraigo que el exilio impone. Pero, por otro, acentuaría la noción de distancia infranqueable que lo separaba de España, de la España física y del pueblo español como conjunto. Se habrá preguntado don Niceto lo que nos hemos preguntado muchos emigrantes: ¿si éstos son los míos, por qué no estamos en nuestro lugar? España, en esta doble tensión, se iba convirtiendo en ese lugar hechizado donde quedaban las mejores imágenes de la juventud, de la vida activa, de las esperanzas cifradas en el cambio de régimen que la República supuso en 1931.

La ciudad del exilio, por su parte, se va convirtiendo en el lugar de la muerte. A don Niceto le tocó vivir en Palermo, un barrio mítico, el barrio de Jorge Luis Borges, que el poeta porteño situó en el centro fundacional de la ciudad. Barrio elegante y sereno, próximo al gran bosque Tres de Febrero, a los jardines del zoológico y el botánico, alejado de los centros turbulentos de la actividad ciudadana. Con todo, sabemos que la meditación de un anciano exiliado va hacia el

día final. Cada calle, cada esquina, cada plaza de Buenos Aires, que percibían, envueltos en la bruma de la cercana ceguera, los ojos de don Niceto, le recordaban que era allí mismo donde él iba a morir. Para un cristiano de estirpe senequista, como seguramente lo fue este cordobés, la muerte es la reconciliación, la reunión de los personajes desunidos por la historia, Dios y su criatura. De modo que para don Niceto, Buenos Aires debió transformarse en el escenario de esa escena privilegiada.

Un sesgo curioso de la rememoración del exiliado es el lugar y el momento hacia los que vuelve su recuerdo, porque son el lugar y el momento que se identifican con la leyenda del mundo feliz. Don Niceto es, a juzgar por sus escritos, un hombre memorioso, rasgo del carácter reflexivo y también propio de alguien que está contento con su pasado. El disgusto por la propia historia lleva al olvido. La complacencia, hacia la evocación.

Ahora bien, retomando las memorias de Alcalá-Zamora, se advierte que su España recuperada es la alfonsina anterior al golpe de Estado de 1923. Es algo que pude observar en la conversación de retornados españoles cuyas simpatías monárquicas no eran abundantes. José Prat, Francisco Ayala y Enrique Azcoaga, por lo que toca a mi experiencia personal, o lo que recuerdo de las lecciones porteñas de Jiménez de Asúa, todos encaminaban su nostalgia hacia la sociedad española de fines de la Restauración. Alcalá-Zamora dice textualmente en sus memorias: «El Madrid de aquel tiempo era inconfundible con el que pronto fue. Todavía el de la Regencia, con esplendores de ensanche urbano y con signos de decadencia nacional. Aún con mezcla de clases sin odio, que se apretaban en los tranvías de encuarte, donde la mano del cobrador, al alargar los billetes, rozaba tantas chisteras como gorras. Un Madrid noctámbulo, que empezaba las horas de oficina con luz artificial; castizo y elegante, que se cubría con la capa el frac sin deformarlo; alegre y confiado como la ciudad de que hablaría Benavente».

Don Niceto retrata con rapidez el Madrid de 1897, un año antes del Desastre Colonial, que tanto golpearía a los jóvenes de su quinta, tanto que algunos confoiivarían la Generación del 98. En cualquier caso, el Madrid anterior a 1923, quizá porque la verdadera crisis española de nuestro siglo fuera provocada por la guerra mundial de 1914, que produjo el enriquecimiento rápido de capas sociales antes sin importancia, alterando la composición de las clases dominantes.

Estos desplazamientos intentaron ser políticamente traducidos por la Dictadura, sin lograrlo, arrastrando a la monarquía en su caída y abriendo paso a la República, pronto jaqueada por los sucesos anunciadores de la guerra civil: el golpe de Estado de 1932 y los eventos de Asturias y Cataluña de 1934.

Alcalá-Zamora enjuicia severamente la actitud del rey ante el *putsch* de 1923 y también lo hace con buena parte del elenco republicano. Sin embargo, su visión se suaviza y se vuelve tierna al retratar al Madrid de la *belle époque*, tolerante, divertido, dialogador, acogedor para la gente de provincias que llegaba a hacer carrera en la administración o la política, como era su caso. No sólo hay la complacencia con los años mozos, sino con un cuadro convivencial que don Niceto hubiese querido para el desarrollo de la experiencia republicana, y que no pudo ser. Sabido es que él se ofreció para mediar entre los beligerantes españoles. Pero ya no había en España espacio para las mediaciones, y su situación ideal era la identificación con una República que había dejado de existir ya antes de empezar la guerra civil.

El exilio es, en el mejor de los casos, el lugar de ninguna parte. Aunque se viva en un país con afinidades, como puede serlo la Argentina para un español. Hay españoles en cada calle, libros españoles en las librerías, música española, una lengua común, pero falta la referencia concreta. España está presente, pero es intangible. Puede verse desde la cubierta de un barco, pero no puede tocarse. Aunque esté a pocos kilómetros, la distancia de la separación es infinita.

Este lugar de ninguna parte es favorable para la reflexión y la producción. La España ausente fue compensada, por los exiliados, con una obra que llenará los enormes huecos, las enormes heridas producidas por la guerra y la expulsión. Originada en un hecho lamentable, la emigración forzosa se transformó en una experiencia enriquecedora. Las obras quedaron en América, arraigaron y fructificaron en América. Sin saberlo, a los futuros emigrados argentinos, aquellos emigrados españoles de nuestra infancia y juventud nos estaban enseñando a emigrar.

En otra escala, la vivencia de nuestros antepasados españoles, para quienes los tenemos, debió ser muy parecida a la de don Niceto y el resto del exilio. También se habían debido marchar de una tierra que les resultaba invivible y, sin embargo, la añoraban como la aldea

Niceto Alcalá-Zamora llegó a Buenos Aires el 28 de enero de 1942. En la ciudad donde le tocaría morir siete años después, yo había nacido un par de semanas antes. Él había dejado su país de origen que se convertiría en mi país de acogida a partir de 1976. Estas simetrías y otras que intentaré explicar me obligan a ser un tanto autobiográfico en estas páginas.

La primera noticia que tuve de don Niceto pertenece al tiempo de mis primeras letras. Con mis padres solíamos visitar a mi abuela paterna, una asturiana que decidió vivir 95 años, siempre con sus refajos negros, su delantal gris y una faltriquera a rayas verdes y amarillas -me parece estarla viendo- que ocultaba bajo el delantal porque contenía su tesoro americano: unas cuantas monedas en desuso, entre ellas una con el perfil de Carlos IV, que mi abuelo llevaba como adorno en la cadena de su reloj. Escaso tesoro americano, como tal vez, guardadas las proporciones, el que pudo reunir don Niceto en su exilio porteño.

A casa de mi abuela solía llegar la revista *Leoplán*, un semanario encuadrado que editaba Sopena Argentina y que usaba publicar, en forma de folletín, novelas clásicas que pertenecían al catálogo de su Biblioteca Mundial. Recuerdo, por ejemplo, que mi primera noticia acerca de *Madame Bovary* son unas columnas de *Leoplán* ilustradas con fotogramas de una película argentina de la época, hacia 1950, uno de cuyos protagonistas era otro español emigrado, el actor Enrique Álvarez Diosdado.

Aquellos *Leoplanes* se guardaban por meses o años en casa de mi abuela. Supongo que, por esta razón, alguna vez mi padre reconoció en uno de ellos la filma de Alcalá-Zamora, tal vez en alguna semblanza de las que luego integraron su libro sobre los oradores españoles, y más precisamente, sobre Emilio Castelar, pues creo recordar que me llamó la atención un retrato de don Emilio, con sus aguzados bigotes blancos, y el hecho de que llevara el nombre de un pueblo cercano a Buenos Aires, aunque realmente la cosa era al revés: el pueblo se llama Castelar en honor del político malagueño.

Mi padre, que tenía la misma y escasa simpatía por el general

feliz, el centro del mundo, el lugar de la dicha perpetua, aquel tranvía madrileño donde todos participaban en paz de una existencia común.

Mi abuela guardaba su faltriquera bajo el mandil. ¿Cuál sería la faltriquera de don Niceto, el tesorillo americano que quería mostrar a su regreso? Seguramente, un manojo de cuartillas abundante de erudición y de memoria, de elocuencia andaluza y de gravedad castellana. Muchas veces, al contemplar los caserones que los indios mandaron construir en los pueblos de Asturias, Galicia o la Montaña, he imaginado que mis abuelos también sonaron con su palacete, su torre y su jardín. La mayor parte de los que se marcharon no pudieron llenar su faltriquera ni alzar su mansión. Pero nos dejaron una lengua con la que hoy podemos, de vuelta en su lugar, dar testimonio. Mi faltriquera y mi casa de indiano en miniatura son estas páginas que acabo de leer a ustedes y las ofrezco a la memoria de don Niceto Alcalá-Zamora porque, de algún modo, también son su casa.